

México, 29 de Julio de 1874.

Visto el anterior dictámen del Dr. D. Juan M. Hernandez, sobre los dos opúsculos intitulados: *Vida de la Santísima Virgen y Explicacion del Ave Maria*, concedemos la licencia que se pide para su reimpression, con calidad de que se inserten la censura y este decreto, y que no salgan al público sin estar cotejados antes por el Sr. Censor. Así lo decretó y firmó el Sr. Provisor y Vicario general de este Arzobispado. Doy fé.—M.—Dias.—José Maria Romero, Notario Oficial 1.º

México, Agosto 3 de 1874.

Concedemos ochenta dias de indulgencia á los que leyeren cada uno de los opúsculos intitulados: *Vida de la Santísima Virgen y Explicacion del Ave Maria*, siempre que lo hicieren con espíritu de penitencia y ánimo de satisfacer á Dios Nuestro Señor por las culpas pasadas. Lo decretó y firmó el Ilmo. Sr. Arzobispo.—M.—El Arzobispo.—Dr. Tomás Baron, Secretario.



MARÍA.

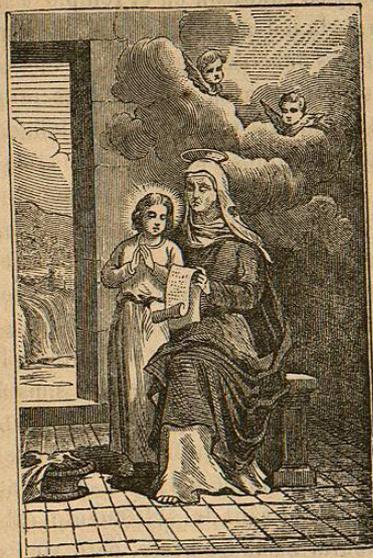
I

Quando la corona real de Judá ceñia las sienas de un extranjero, y el pueblo de Israel doblaba su altiva frente bajo el yugo de la ciudad dominadora del mundo; quando los hebreos para conservar al menos una sombra de independencia pagaban un tributo á los Césares, que asentaban su trono en la cumbre del Capitolio, vivia en Nazareth, pequeña ciudad de la baja Galilea, un hombre humilde y justo de la ilustre raza de David, llamado Joaquin: su mujer que pertenecia á la tribu de Leví llevaba el poético nombre de Ana.

Estos esposos cumplian fielmente los preceptos de Dios; pero el Señor parecia haberles negado su bendicion, pues no tenian hijos, lo que en Israel era mirado como un oprobio. Sufrian

resignados los decretos del Eterno; mas sus virtudes debian ser recompensadas. Despues de veinte años de esterilidad, Ana concibió y dió á luz una criatura angélica, la más perfecta y agradable á los ojos del Señor. Sus padres, aunque descendientes de una larga série de gloriosos monarcas, vivian en la más completa oscuridad; porque la rosa de misterioso y celestial perfume debia abrirse sobre un humilde tallo mecida por el soplo de la adversidad. ¡Cuánto se engañaban los que veian en ella una nueva esclava! Esa hechicera niña, en cuyos ojos brillaba la pura luz de la suprema inteligencia, y cuya blanca y tersa frente circundaba una aureola de mística gloria, esa niña estaba destinada á ser la madre del Hijo del Altísimo, del Redentor del género humano. La humilde hija de un hebreo debia ser más poderosa que todos los reyes de la tierra: su trono descansa sobre las estrellas del firmamento, y el universo entero eleva sin cesar un himno de adoracion á la hija de Joaquin, á la cándida paloma de Nazareth.

~~~~~

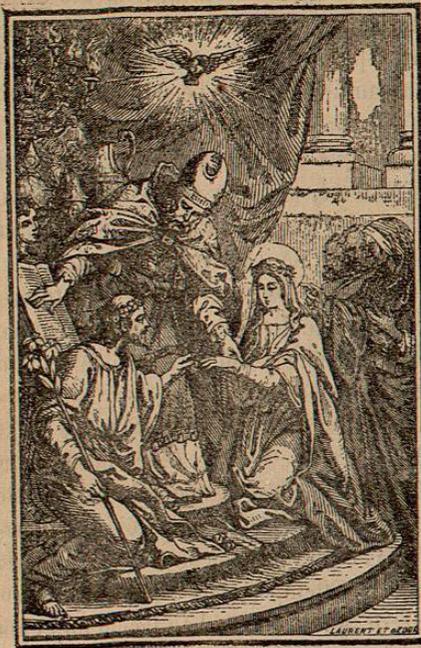


II

Cual la límpida corriente de cristalino rio desliza sus tranquilas aguas bajo un cielo purísimo, cuyo zafiro azul retrata, así corrieron los primeros años de María. Pura como el perfume de las flores del eden, fué ofrecida por sus virtuosos padres al Dios de Israel, y admitida en el número de las jóvenes vírgenes que

crecían y se educaban en el templo á la sombra sagrada del altar. Allí cumplía con santa unción sus deberes religiosos, y al mismo tiempo que se entregaba á las labores propias de su sexo, adquiría una perfecta inteligencia de los sagrados libros; porque no podía ser una mujer vulgar la que enseñó al mundo el más bello cántico de la nueva Ley, la que compuso el *Magnificat*.

Ninguna nube habia empañado el sereno horizonte de su vida, cuando el ángel de la muerte borró del catálogo de los vivientes á los ancianos padres de la casta y hermosísima *Maria*, cuyo tierno corazón despedazado por tan irreparable pérdida, se sintió por la primera vez oprimido por la mano del dolor. En la adolescencia probó el cáliz del sufrimiento, cáliz que debía apurar hasta las heces; pero sin exhalar una queja; soportó con sin igual resignación tan terrible golpe diciendo á Dios: «Oh Jehová, que se haga vuestra voluntad.»



III

La encantadora huérfana confiada á la tutela de los sacerdotes, cumplió su décima quinta primavera, y al llegar á esa edad en que el amor hace palpitar el corazón de las jóvenes, *Maria*, cuya alma pura y contemplativa adivinaba que la virginidad es el más santo, el más

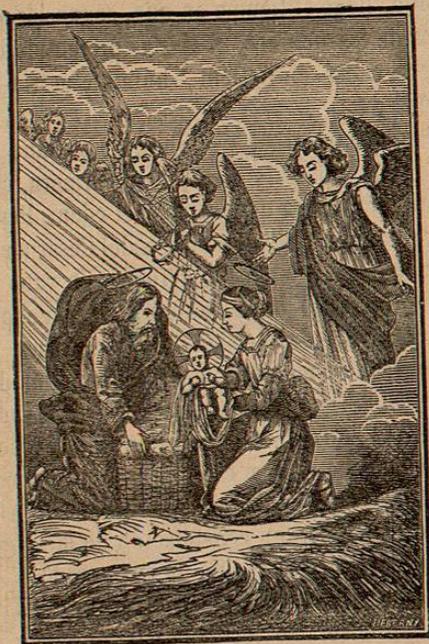
perfecto de los estados, experimentó extrema-  
da turbacion, porque sus tutores pensaron dar-  
le un esposo. En vano suplicó humildemente  
á su familia que le permitiera consagrarse  
para siempre al Señor; su peticion no fué aco-  
gida, porque una tierna y perfumada flor de la  
estirpe Jessé, una hija de David, no podia sus-  
traerse á los lazos del himeneo, y esa adorable  
criatura liena de juventud y de belleza recibió  
al esposo que los sacerdotes y sus tutores le  
dieron. No fué escogido un hombre á quien la  
fortuna hubiera prodigado sus dones, no un  
magnate esclarecido, ni un guerrero ilustre en  
los combates; sino un carpintero pobre y humil-  
de de la tribu de Judá; porque el Omnipotente  
habia elegido á José para que fuese en la tierra  
el casto padre de su divino Hijo. Celebráronse  
las bodas en Jerusalem con toda la sencillez de  
los antiguos tiempos, y los esposos regresaron á  
Nazareth, á la modesta habitacion impregnada  
aún del suave olor de las virtudes de Ana y  
Joaquin.



IV

Allí José ejercia su oficio y María continuaba  
siendo el más perfecto modelo de todas las vir-  
tudes, cuando una tarde á la hora en que el sol  
doraba con sus últimos rayos las cumbres del  
Carmelo, se presentó en el modesto oratorio de  
la Santa Virgen que ofrecia al Dios de Abraham  
y de Jacob la pura ofrenda de sus oraciones,

un ángel, mensajero del Altísimo, é inclinándose ante ella su frente circundada de luz, le dijo: «Salud, María llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres.» María, al escuchar los acentos de esa voz celestial, al ver ante sus ojos tan maravillosa aparición, experimentó un terror involuntario; mas el ángel para calmar su turbacion le dijo con dulzura: «Nada temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor. Concebirás en tu seno, y darás á luz un hijo á quien pondrás por nombre Jesus. Será grande y se llamará el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de David su padre, y reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.» Al oír estas palabras la pudorosa jóven, que sólo anhelaba conservar su inmaculada corona de virgen, preguntó cómo podia conciliarse aquella magnífica prediccion con el voto que la ligaba; mas el ángel la tranquilizó revelándole que el Omnipotente la cubriría con su sombra, y que el fruto santo que de ella habia de nacer, seria el Hijo de Dios. María, á quien se anunciaba un suceso tan extraordinario, como era una maternidad virginal, creyó en la promesa divina, y se humilló ante aquel que la elevaba sobre todo lo criado. La vision angélica se disipó, y el Verbo se hizo carne para venir á habitar entre los hombres.



V

Cuando el imperio de la impiedad se extendía por todo el orbe, y las águilas romanas magestuosas y triunfantes recorrían el mundo entonces conocido; cuando la Siria y el Egipto estaban sujetos á la dominacion de los Césares, y la Judea les pagaba un crecido y vergonzoso

tributo, llegó el tiempo en que, según los oráculos de los hebreos, el Mesías prometido debía de nacer en Betlem, humilde patria de David.

Una mañana triste y sombría un anciano de venerable aspecto y una joven hermosa, cual la primera aurora que coloreó el eden, llegaban para cumplir los mandatos del César á empadronarse al pueblo de Betlem. En vano lo recorrieron todo en busca de un albergue; porque la multitud de viajeros que á la sazón se encontraba en aquellos lugares, no había dejado habitación alguna disponible. Cansados de buscar inútilmente, se refugiaron al acercarse la noche á una caverna oscura, abierta en la roca y poco distante de la ciudad. Allí, cuando la misteriosa constelación de la Virgen marcaba la media noche, la casta esposa de José, la encantadora hija de Joaquin, dió á luz sobre un miserable lecho de paja al Señor de los cielos y de la tierra, nuevo Adán que venia á tomar posesion del trono de su pobreza, y á quien postrados adoraban los ángeles todos del empiéreo. María, para cubrir el tierno niño, hizo de su velo el lienzo con que ella misma lo envolvió, y despues los dos santos esposos adoraron al que era su hijo en la tierra, pero que en el cielo está sentado á la diestra del Eterno.



VI

Despues de haber sufrido María con su divino y santo esposo las más crueles vicisitudes de la vida; despues de haber gustado en Egipto el amargo pan del destierro, y regresado á Nazareth en busca de mejores días, vió bajar á la tumba á José, al padre putativo de su amado hijo, con quien lloró la muerte de aquél que mereció del Espíritu Santo el glorioso titulo de *Justo*. Al fin se acercó el tiempo en que el Verbo debía comenzar la predicacion de su Evangelio, para dar con él la luz y la vida al género humano. María se vió entonces separada de su querido hijo, porque éste juzgó que

no debía asociarla aún á su vida errante y trabajosa; mas al fin la afligida madre se dirigió á Jerusalem, donde oyó los primeros rugidos de la tormenta que amenazaba descargar su furia sobre la inocente cabeza de Jesus; allí su corazón sufrió tormentos horribles viendo al objeto de su maternal cariño convertido en blanco de las iras é insensatas burlas de un pueblo obcecado. En Jerusalem presenció María las primeras escenas del drama cuyo sangriento desenlace debía verificarse en el Calvario.

Aún estaban verdes las palmas que los hebreos en el camino de Bethania habian arrojado á los piés de Cristo; aún repetian los ecos del valle de los cedros las entusiastas aclamaciones con que el pueblo de Israel celebraba la triunfal entrada en Solima del Hijo de Dios, cuando los príncipes de los sacerdotes decretaron la muerte de Jesus. La infame traicion de un discípulo cuyo nombre quema los labios que lo pronuncian, puso al divino Maestro en las manos de sus enemigos, quienes despues de haberle hecho sufrir los más atroces martirios cuyo solo recuerdo hace temblar el corazón, le impusieron el último y más degradante suplicio, lo condenaron á morir en el patíbulo afrentoso de la cruz. Agobiado por la fatiga, seguia Cristo el camino que conducia al lugar

de la ejecucion, y María, su amorosa Madre, caminaba tambien hácia el Calvario, cuando un jóven galileo de semblante sombrío y abatido, y una mujer jóven y hermosa, cuyas mejillas surcaban amargas lágrimas, se abrieron paso entre la multitud, para unirse á María; porque ellos solos debian acompañarla en la hora suprema en que el Hijo del Hombre iba á exhalar su postrer suspiro, para consumir la grande obra de la Redencion. La augusta Virgen vió á los verdugos levantar en la cruz el cuerpo ensangrentado de su hijo, y en ese momento solemne el cielo escuchó la férvida plegaria que la más inocente y afligida de las madres le dirigia por los mismos que le arrebataban el fruto de sus virginales entrañas: ella oraba por el pueblo deicida, por la raza criminal manchada con todo género de iniquidades; porque ella, la Reina de los ángeles, se constituyó en el Calvario la Madre de los afligidos, el refugio de los pecadores.



VII

Después de la muerte y ascension gloriosa del Salvador, María permaneció en Jerusalem hasta que la terrible persecucion que estalló contra los cristianos la obligó á abandonar la ciudad que habia presenciado la agonía de un Dios. En compañía de Juan, el discípulo amado,

y de Magdalena, de esa mujer modelo de sincero arrepentimiento, se dirigió á Efeso, de donde después de recorrer varios lugares del Asia menor y algunas islas del Archipiélago, volvió á Palestina, y fué á habitar en la montaña de Sion no lejos del ruinoso palacio de los antiguos príncipes sus antepasados, la casa santificada por la venida del Espíritu Santo. La hija de David, siempre pobre, siempre humilde y hermosa, recibió en aquel lugar á los apóstoles y á sus discípulos, que al verla reclinada en un modesto lecho se deshacían en llanto; pero la Virgen María serena y tranquila esperaba en medio de ellos el último momento de su dichosa vida. Era ya muy entrada la noche, y las lámparas derramaban su blanca luz sobre aquella melancólica y silenciosa asamblea, cuando María participando del enternecimiento general y olvidando por un instante los esplendores que la esperaban en la celestial Jerusalem, les habló con santa y dulce elocuencia de esas cosas que elevan al que las escucha más allá de sí mismo, y le hacen capaz de las más difíciles empresas; extendió sus manos protectoras sobre los infelices huérfanos que dejaba en la tierra; levantó al cielo sus hermosos ojos, en que se pintaron la más acendrada ternura maternal, el júbilo más puro

y la más santa adoracion, y su alma, sin esfuerzo alguno, dejando su virginal corteza, voló al seno del Señor.



### VIII

Esta sencilla historia de la reina de los ángeles, de la mística rosa de la nueva Ley, era el encanto de los tranquilos años de mi infancia;

en esa edad feliz la oía de los labios de mi virtuosa madre, de mi madre á quien amo tanto, y jamás me cansaba de escucharla. Ahora que las pasiones de la juventud han desgarrado mi corazon; ahora que el desengaño ha desvanecido una á una las mágicas visiones que embellecian mis sueños de adolescente, dejando en mi alma la duda y el desconuelo, el recuerdo de la historia de María viene como la luz apacible de la aurora á verter en mi corazon el bálsamo de la esperanza: esta divina historia está grabada en él con caracteres indelebles, y al referirla no hago más que depositar en el altar de la Santa Virgen, como ha dicho el más poético de sus historiadores, una humilde flor, emblema fiel de la profunda adoracion que tributo á la casta esposa de José, á la celestial María.